

## LA POLÍTICA DE LA IRA

ANNE ROIPHE

Anne Roiphe es autora de *Generation Without Memory*. Tomado de *Tikkun*, Vol. 1, Nº 1, 1986.

La memoria es el nervio y hueso de la vida judía. Sin ella perdemos toda forma, toda capacidad de ir hacia adelante. Pero el recuerdo del desastre no es benigno, no se asienta en el huerto de la buena fruta; más bien es como el árbol del conocimiento en un jardín fatídico que atrae, amenaza y crea complicaciones. Después del Holocausto la memoria alimenta la ira.

Cuando los sobrevivientes paralizados por el acontecimiento empezaron a relatar la historia a los hijos del país de la libertad, que aún creían en Jefferson, Edison, Henry Ford y en el Guardabosque solitario, se había perdido nuestra creencia de que la civilización es la sombra proyectada por el Mesías a través de esta tierra que gira. Y después del silencio y de los años de reunir testimonios y con el arco iris de Israel extendiéndose sobre las cenizas, nos quedamos todavía con nuestra ira y nuestra humillación. Nuestro lamento continúa y con cada año que pasa vemos que no hemos digerido, ritualizado, absorbido el Holocausto, pero como otros traumas violentos que asaltan el alma, resuena en todo nuestro cuerpo político y nos obliga a dar vueltas y movernos en direcciones no siempre racionales o deseadas.

En este momento es muy importante que veamos cómo nuestras decisiones políticas y religiosas son afectadas por la Shoá. Si comprendemos nuestros propios motivos, si podemos enfrentar nuestra propia ira y realizar plenamente nuestro duelo, entonces nos fortalecemos. Como todos sabemos, al principio nos sentimos callados, avergonzados y aturridos. Esto duró no meses, sino quizá años y entonces vinieron Elie Wiesel y Anna Frank y André Shwartz-Bart y una ola de reacciones judías y no judías contra los alemanes, junto a una creciente sensación de confusión en el mundo intelectual. Hicimos brotar el existencialismo desesperado del de moda y del real; tuvimos un positivismo lógico que demostró que el pensamiento era un juego y la verdad una ilusión.

Los judíos americanos fuimos atrapados por un lazo cruel. No podíamos traicionar a los seis millones y sin embargo nos sentíamos traicionados por *Hashem*, que nos eligió para un destino que parecía terminar en humo, en vez de redención. Fuimos traicionados por las promesas del Iluminismo; tibias como fueron, poco entusiastas, saltamos a bordo de cada "ismo" con la excitación del niño en su primer paseo en calesita, del niño que todavía no aprendió que el paseo termina allí donde comienza.

Cada pocos años nuestros estudiosos descubrían otra traición, ya

sea que fuera Roosevelt demorando el bombardeo a las vías de los trenes, o nuestra propia comunidad judía americana que no se atrevía a tomar impulso, a gritar fuerte. Discutíamos acerca del grado de cooperación al que nos habíamos comprometido. Lentamente enfrentamos nuestra humillación, nuestro heroísmo, nuestras victorias personales, nuestra necesidad de oír a los testigos, de llegar a ser un pueblo que reúne el relato de los testigos. Para crearnos a nosotros mismos como testigo colectivo hemos construido una industria del Holocausto, con bibliotecas, cursos, conferencias, centros y museos. Pero aun así algunas cosas tienen que ser todavía expresadas claramente.

Primero un fragmento de la biografía de una sobreviviente —Sonja Milder se llama la mujer que escribió un corto informe de sobreviviente, publicado por Shengold Press. Escribe que cuando tenía 18 años fue liberada de Auschwitz y viajó con un amigo a través de las últimas llamas de la guerra. “Cierta día experimentamos una sensación de profunda satisfacción. Mientras caminábamos alrededor de la ciudad (Danzig), vimos a algunos alemanes acostados en el campo. Huían de Danzig y permanecían en los campos con sus mujeres e hijos. Pasó por allí un batallón de soldados rusos. Estos cayeron sobre los alemanes y empezaron a violar a las niñas jóvenes, a mujeres y niños. Lo observábamos sonriendo, con satisfacción. Finalmente estábamos siendo vengados. Porque un judío no puede vengarse por sí mismo. Alguna vez habíamos pensado que si salíamos con vida, nos habríamos de vengar. Pero ¿cómo podría un judío tomar venganza? Estábamos enfermos, debilitados y hambrientos. Pero ahora veíamos cómo los soldados rusos realizaban la venganza, cómo hicieron pedazos a esos alemanes, en el campo. Teníamos derecho a esa satisfacción. Era una reacción legítima, natural, una respuesta demasiado humana de nuestra parte. Con esa escena de violación y violencia se superponía otro cuadro. Era el de mis propios sobrinos y sobrinas que yo veía cuando eran destrozados por separado por los alemanes. Mis sobrinos tenían siete, cinco y tres años de edad. Nuestra venganza estaba cumplida por otros.”

La pasión expresada aquí abiertamente es horrible y razonable. Hacemos más que comprender, la compartimos. Pero al mismo tiempo la rechazamos, porque nos vuelve como ellos. Nos da el poder de desgarrar nuestra Torá en cuanto ignoramos las palabras de nuestros rabinos “salvar una vida es salvar a todo el mundo”.

*“Pero ¿qué sucedió con nuestra ira, con nuestra necesidad de revancha y satisfacción? Se vistió con un disfraz entre nuestros políticos y líderes”.*

Lo vemos sin duda en el partido de Kahane y Kaj. El “nunca más” llegó a significar que puedo hacerte a ti, lo que se me hizo a mí. Tengo el derecho moral porque me fue hecho a mí. Puedo y debo hacer cualquier cosa para proteger a los judíos. Y dicho sea de paso, puedo gritar puedo intimidar, aterrorizar, estigmatizar, como se me hizo a mí. Esto es ira liberada en forma de acción pública. Por último es una necesidad

de revancha la que alimenta al movimiento Kaj. Es mucho más una reacción al Holocausto que a las condiciones del Medio Oriente. Aun aquellos de nosotros, los más profundamente opuestos al racismo de Kahane, podemos sentir, si somos lo bastante honestos, el estremecimiento de volver del revés el pasado y hacer a los demás lo que se nos hizo a nosotros. No somos inmunes a una satisfacción secreta, quizá inconsciente.

Después de los pogroms sin precedentes de Chelminisky en 1648, Sabatai Zvi el falso mesías agotó su amargo juego ante el populacho de la judería europea. Sabatai Zvi fue la reacción de la comunidad a aquel desastre. Kahane es nuestro falso mesías, una de nuestras respuestas al Holocausto. Mientras Sabatai Zvi fue inflado por la esperanza del pueblo judío, Kahane es colocado en alto por nuestra ira. Con su carácter escandaloso, libera nuestros propios sentimientos de desamparo, nuestro deseo de hacer a otros lo que se nos hizo a nosotros. Sus partidarios, igual que las bandas de camisetas pardas que merodeaban en las calles de Berlín, aterrorizan a los árabes cerca de las poblaciones, precisamente porque la ira los lleva más allá de consideraciones de justicia y misericordia.

En los días del terror alemán, el judío paranoico fue el verdadero profeta. La visión paranoica de un mundo decidido a apresarte, a matarte, era sensata y real. El ser humano cuerdo, y confiado, el judío comunitario sano, amable, fue el último en ver lo que su hermano suspicaz, preocupado, mal adaptado, percibió rápidamente. Eran los días en que la paranoia era la verdad. La comunidad judía no olvidó la lección pero ¿la aprendimos del todo? La paranoia es una enfermedad causada por un exceso de ira, la ira de uno proyectada a los actos de los demás. Nuestra moderna paranoia judía se balancea entre la realidad y la locura. Es muy importante para nuestra supervivencia definitiva que la distingamos entre las dos.

Cuando todas las expresiones de antisemitismo sean respondidas como si las paredes se vinieran abajo, como si los S. S. fueran a hacer surgir los cadáveres, nos exponemos entonces a los peligros que acontecen a los dementes que arremeten contra demonios que no existen. Alucinarse mientras se cruza la calle puede ocasionar un fatal accidente. Si un miembro de una minoría utiliza una calumnia racial contra los judíos ¿debemos presumir que toda su gente está decidida a matarnos y que los pobres de entre ellos ya no son más merecedores de nuestra preocupación y esfuerzo? Si no admitimos nuestras propias afrentas raciales contra otra gente, nos arriesgamos a perder a verdaderos amigos y aliarnos con enemigos potenciales. Si no podemos ver que por cada negro que haya dicho Hymietown, hay un judío que en la lavandería aludió a los Schwartz, nos haremos susceptibles de que nuestro pensamiento y nuestra paranoia creará tal clima de mutua desconfianza, que provocaremos los verdaderos odios que estamos tratando de evitar.

Es fácil comprender el antisemitismo de los negros, al fin todos empezamos como desvalidos pobres como ellos, pero nosotros tuvimos éxito

en este país, al obtener educación, poder, bienestar, mientras ellos no. No somos los opresores, pero nuestro éxito subraya su fracaso. Los judíos que lograron ser admitidos en todos los campos del saber no deben temer a los pocos negros a los que se dio una oportunidad bajo cierto plan de acción afirmativa. La pesadilla de las cuotas es justamente otro modo de sujetar la puerta contra el otro y protegerse cuando la protección no es más necesaria. El enojo por la cuestión de la acción afirmativa que se agitó en la comunidad judía, nos dice que enfurecidos estamos todavía y qué asustados de que nuestra clase media, difícilmente lograda, pueda ser deshecha. Revela también una voluntad peculiar de oprimir a algún otro cuando tenemos la oportunidad.

Si un árabe moderado habla de paz en Israel, inmediatamente hay voces que advierten contra una trampa. Suponemos la implacable, incesante hostilidad del mundo. A veces ésto es una realidad, a veces una paranoia. Nuestra historia del Holocausto nos dejó tan enfurecidos que estamos especialmente propensos a la paranoia. Quizá hayamos permitido que nuestro enojo y nuestro odio nos empuje más allá de la razón. ¿Estamos dispuestos a tolerar siempre una guerra eterna con nuestros vecinos, porque presumimos que nos harán lo que ahora les haríamos a ellos?

Algunos judíos doblados por el yugo de la visión paranoica, se volvieron al anticomunismo como puerto de seguridad para ejercer su ira, descargar sus sospechas y tomar, quizá inconscientemente, venganza contra comunidades no judías, sean ellas de aldeanos vietnamitas, campesinos nicaraguenses o trabajadores mejicanos migratorios. El movimiento neoconservador, como leemos en *Commentary*, tomó el enojo judío, la ira judía y la escondió, la envolvió con la identificación del poderoso y del fuerte. Apelan por arsenales cada vez mayores, porque los judíos fueron una vez tan impotentes, porque fueron tan humillados por su desamparo bajo el poder nazi. Al llegar a ser el Tribunal judío de la Derecha, pueden identificarse con el poder y pretender que les pertenece. No les importa humillar a los enfermos mentales, o a los con tarjeta de racionamiento, o a los de pequeñas chacras. La Derecha de América proporciona a los judíos un lugar seguro para descargar la ira sobre otros pueblos desamparados que están en nuestro lugar mientras estamos nosotros sobre ellos. Lucy Davidowicz dijo en el State of the World Jewry Adress en 1984, en New York City, que el obispo Tutu era un antisemita y que los judíos no deberían apoyar sus intentos de acabar con el apartheid. Ella y sus aliados políticos son amigos del opresor y de esta manera reparan la vergüenza de haber sido víctimas, la humillación de ser considerados indeseables. Ahora son ellos los jueces y algún otro es el paria. Este es el triste resultado de la ira judía, que estuvo hirviendo durante cuarenta años sin hallar un objetivo, una salida, una catarsis.

En América la Derecha está confeccionando siempre una película porno con un oso ruso amenazante. Esta amenaza es real para todos nosotros y sabemos que los judíos no sobreviviremos bajo el sistema

ruso. Pero cuando simplificamos los complejos problemas del mundo en una batalla entre el Imperio malo y el Caballero blanco, nos engañamos a nosotros mismos. Cuando el temor a Rusia nos lleva a apoyar el dominio del apartheid, a juntas militares y a policía secreta que emplea nuestra tecnología para torturar, nosotros los judíos nos estamos simplemente aprovechando de la guerra fría para afirmarnos como los poderosos, los limpios y los buenos. Como dijo Sonja Milner "la venganza judía debe ser indirecta. Aun los objetivos de nuestra revancha deben ser sustituidos".

*"Algunos judíos, doblados bajo el yugo de la visión paranoica, se inclinaron por el comunismo como puerto de salvación"...*

Esto conduce a la política del pretzel (galleta salada) político que puede echar a perder el apetito. El Reverendo Falwell apoya a Israel y así aceptaremos su posición sobre problemas femeninos, sobre las relaciones blanco y negro, aun sobre las oraciones en las escuelas. Pretendemos no darnos cuenta de que está planeando una América cristiana blanca, que ya no valorizará más su diversidad o invitará a los de afuera. Aquí es donde nos veo alucinados mientras cruzamos la calle. No nos damos cuenta que el enemigo real sigue siendo como siempre, el ideólogo, el fanático, el purista cuya empatía con gente con reales problemas ha sido arrastrada por las aguas bautismales del poder o por la voz fuerte de un dios, que no está encantado con la diversidad humana, condición siempre peligrosa para los judíos.

La capacidad judía para cuidar a los heridos, propios y ajenos, se basó en las escrituras, el texto y la experiencia. Hemos sufrido y podemos imaginar fácilmente el sufrimiento. Pero el Holocausto alteró esta sencilla ecuación al crear en nosotros una necesidad de expresar nuestra ira, superar nuestro sentimiento de humillación, y ésto debe realizarse a expensas de otros. La empatía hacia otros es una virtud de los pisoteados y desde que nunca más seremos pisoteados, podemos prescindir de esta virtud. La empatía es un obstáculo en las arenas del poder. Todos sabemos que un guerrero frío no es un pobre judío piadoso que puede ser paleado en una zanja por capricho. Por lo tanto nos alistaremos como guerreros fríos.

Hemos ubicado en nuestra liturgia la destrucción del Segundo Templo. Las palabras y la música nos hacen temblar y afligirnos, pero la lejanía de esta derrota, el arte del lenguaje que rodea el acontecimiento, la sensación de solidaridad y supervivencia que se siente en Tisha B'Av, neutraliza la humillación y la ira. El tiempo hizo también su parte. Pero cuando se llega al Holocausto nos quedamos en carne viva. Nuestros nervios son tales que vemos una amenaza al premiar a un sacerdote polaco y no en un Presidente que no puede imaginar un límite para un arsenal nuclear. Queremos ojivas atómicas más grandes y más barcos para llevarlas, a pesar del hecho que nuestro Presidente está confundido entre los S. S. y sus víctimas y quiere de cualquier modo olvidar este feo asunto.

La cuestión de quién es judío surgió de los problemas del Holocausto, incluida como está en la Ley de Retorno. Aquí algunos judíos quieren tomar la decisión por sí mismos. Las autoridades nazis nos dijeron quién era judío y su definición fue vaga y amplia. Ahora los judíos dicen no, nosotros somos los árbitros de nuestra propia nación. Podemos trazar la línea como queremos.

Esta toma del poder no está desprovista de víctimas, de manifestación de ira hacia aquella parte de la comunidad que se quisiera exiliar, que se quisiera despojar de autenticidad religiosa. La estricta interpretación de quién es judío coloca a los judíos en posición de negar refugio a algunos, potencialmente de negar seguridad a otros. Evoca la imagen de buques a los que no se permitió atracar porque sus pasajeros venían de una sinagoga reformista y no podían probar que sus hijos eran legítimos, sus divorcios legales o su herencia judía. Mientras ésto es una pesadilla de la fantasía, sirve sin embargo al propósito de superar la humillación del pasado, humillando a otros; al llegar a ser estado, donde una vez uno fue el suplicante. El hecho desafortunado que vuelve a judío contra judío, no es irracional si se recuerda que un trauma produce ira siempre. Esta ira cuando se frustra en encontrar su verdadero objetivo se vuelve contra uno, causando una sangría interna, insomnio y otros dolores.

No creo que sea casualidad que el retorno de algunos jóvenes judíos a una vida ortodoxa extrema o jasídica haya acompañado nuestro creciente conocimiento y capacidad para oír los hechos del Holocausto. En esta época de post-Holocausto, el judío medio se enfrenta con grandes dudas acerca del poder y bondad de la Deidad. Estas dudas provocan la ira contra Dios, lo que entonces asusta al creyente que puede negar sus dudas, esconderse dentro de las antiguas certezas y rechazar al mundo moderno que a su vez rechazó a sus parientes y sus vidas hace tan poco tiempo.

*"El fundamentalismo... está siempre alimentado de ira hacia alguien o algo que decepcionó más allá de lo tolerable. La variante judía... está ciertamente relacionada con nuestro sentido particular de impotencia y furia".*

Es parcialmente cierto que los muchos hombres y mujeres jóvenes que vuelven a nuestras *ieshivot*, tratan de expiar nuestros posibles pecados comunitarios como los de quienes flirteamos con el secularismo y el modernismo, en los años anteriores a Hitler. Es también probable que no sean capaces de llevar la carga de su conflicto teológico, y resolver así el problema, volviendo la espalda a sus padres liberales, como también a un mundo decepcionante y confuso. En su elección expresan la ira hacia la visión fracasada de sus padres y ocultan y disfrazan su ira hacia Dios. La necesidad de una obediencia rígida continua, conforma la tapa que mantiene debajo la ira a Dios y como otros compartimientos compulsivos tal como el lavado de manos, mantiene la ira fuera de la conciencia, donde no puede dañar a uno mismo o a otros.

Se hace importante para ellos obedecer toda línea de la Halajá, mantener el judaísmo tal como antes de la emancipación. De este modo expresan diariamente su desprecio por el mundo del modernismo, por el suelo y la semilla del Holocausto. Desde vestiduras hasta costumbres, ellos afirman un modo judío que alimenta el foso de ira que los rodea y los separa de los demás, que fueron en un grado u otro helenizados y se hicieron de este modo parte del enemigo. Sin el Holocausto estas comunidades habrían seguido siendo parte de la vida judía y no habrían atraído significativo número del mundo secular.

El fundamentalismo de todo el mundo llegó a ser una respuesta a la confusión de los tormentos modernos y en ninguna parte lo es sin un áspero juicio y alimentado siempre de ira hacia alguien o algo que decepcionó más allá de lo tolerable. La variante judía del fundamentalismo se relaciona ciertamente con nuestro sentido particular de impotencia y furia en el desenvolvimiento de nuestra historia.

Es simplista e inútil reducir toda la diversidad de la experiencia contemporánea a una sola causa. La ira consciente o inconsciente no es el único factor que modela el contenido de nuestra vida judía interna, sino que está presente como un factor, como un elemento entre otros, que debemos conocer para ganar el control sobre él, en vez de permitir que él nos controle a nosotros.

La ira interior tiende a consumir nuestras conexiones con el mundo real. Tiende a abrumar a la razón y a destruir las caras y seres de los demás. En nuestra ira podemos vernos sólo a nosotros. La incapacidad de imaginar la experiencia del extranjero, del otro, fue lo que exactamente hizo posible el Holocausto. El éxito nazi en deshumanizar a sus víctimas, nos dejó con tal ira, que también nosotros podemos deshumanizar, borrar las caras de los demás. Debemos encontrar un modo que permita que nuestra ira arda libremente, abiertamente, sin consumir o pervertir nuestro propósito espiritual o nacional, porque de otro modo seguiremos siendo víctimas para siempre.